



ORAR EN LA ENFERMEDAD

I

El año litúrgico

“Caminan de baluarte en baluarte, hasta ver a Dios en Sión”¹

El tiempo es el espejo oxidado de la eternidad. Por deteriorado que esté el espejo, siempre quedan resquicios donde vislumbrar lo eterno, lo infinitamente hermoso y bueno y verdadero. El tiempo, como el espacio, son realidades sagradas, vías frecuentadas por nuestro Señor, el Dios vivo y verdadero, el Dios de la historia. Pero tanto el espacio como el tiempo, desde el pecado de origen, devienen confusos y turbios para los sentidos del hombre, este ciego que somos todos hasta que Dios, con la luz de la fe, nos devuelve la visión. Entonces *la noche es clara como el día*², y Dios cumple la petición del salmista:

*Ábreme los ojos y contemplaré
Las maravillas de tu voluntad;
Soy un forastero en la tierra:
No me ocultes tus promesas³*

Cuando caí enfermo empezaron a no significar casi nada las vacaciones, los viajes, las excursiones de fin de curso o las jornadas de programación...El tiempo comenzó a tener otras claves, otros estribos de apoyo, no tanto desde mí cuanto desde Dios. El tiempo se me volvió espontáneamente más hondo, tras el tributo de la turbación, el primer desconcierto y la tristeza. El tiempo comenzó a ahondarse en Dios, no sé si como reacción defensiva, como mecanismo de protección, ante las inseguridades que me traían los episodios de la enfermedad. Pero así fue. Mi tiempo comenzó a referirse decididamente al tiempo de Jesús, al año litúrgico, sin poder evitarlo ni querer evitarlo. Ya no tenía yo un tiempo aparte, mío, laico, que discurriese con otras referencias. Mi tiempo era ya su tiempo, el tiempo de Jesucristo como lo vive la Iglesia. El Adviento se me hizo más escatológico, menos “navideño”, portador

¹ SALMO 83, 8

² SALMO 138

³ SALMO 118

de consuelo y esperanza. La Navidad más gozosa, más entrañable, menos folklórica, más en la oración y en la contemplación del misterio estremecedor de Belén, pero también menos irritada ante el torpe consumo de la gente. La Cuaresma, una primavera espiritual, un seguimiento al Cristo del víacrucis, *al Jesús del madero y no al que anduvo en la mar*, todo lo contrario a lo que escribiera el poeta⁴. La Cruz, la Santa Pascua, ese misterio vertiginoso de amor y sufrimiento, comenzó a tener una cercanía personal, una resonancia especial. La fascinante Resurrección, prendiendo en la fragilidad de mi cuerpo. La potencia del Espíritu, la plenitud de Pentecostés, del poder de Dios, el poder de su Amor, derramándose en la hierba de mi carne, en alianza asimétrica, paradójica, insospechada, maravillosa.

*Grandes y maravillosas son tus obras,
Señor, Dios omnipotente,
justos y verdaderos tus caminos,
¡oh Rey de los siglos!*⁵

Le debo a Dios esto que aquí confieso, pues él lo ha hecho con ocasión de mi enfermedad. No tengo ningún mérito personal. Más bien pienso que no he aprovechado ni aprendido suficientemente todo lo que Dios enseña en la escuela del sufrimiento. Y que el hombre olvida por su mala memoria, por su mala cabeza, por su torpe corazón.

II **La Liturgia de las Horas**

*“Es preciso orar siempre sin desfallecer”*⁶

En la diálisis aprendí, durante nueve meses, algo que parece obvio, evidente, pero que habitualmente no lo es tanto. Allí aprendí que una hora dura sesenta minutos; dos horas, ciento veinte minutos; tres, ciento ochenta; cuatro horas, doscientos cuarenta minutos, uno tras otro, sin aceleración posible ni retraso. Hay situaciones que facilitan el aprendizaje del valor del tiempo y otras lo dificultan... ¡Cuánto dura una hora! Y ¡Qué fácilmente perdemos, en tantas ocasiones, una hora! ¿Os habéis preguntado, alguna vez, cuántas horas pasó Jesús en la Cruz? El dato no es indiferente. No da igual veinte minutos más o veinte minutos menos crucificado. La hora de Jesús es muchas horas, mucho tiempo, es una hora de alta densidad en todos los sentidos. Yo adquirí, en las sesiones de diálisis, una conciencia más cabal de lo que es una hora. El tiempo, en su inexorable lentitud, era un reclamo permanente a salir de

⁴ ANTONIO MACHADO. Saeta.

⁵ APOCALIPSIS 15, 3

⁶ LUCAS 18, 1

uno mismo, de las dos agujas clavadas en el brazo izquierdo; sentía permanentemente la necesidad de evadirme, de salir, de orar.

*¡Ay, quién me diera alas de paloma
para volar y posarme!
Emigraría lejos, habitaría en el desierto.⁷*

La oración me daba, nos da, esas alas para volar y posarnos en la soledad de Dios. Me sentía privilegiado de poder orar allí. Y me apenaba ver cómo los demás tenían que refugiarse en mirar la televisión.

Yo amaba ya la Liturgia de las Horas, pero en la diálisis me enamoré todavía más. Para mí fue un gran consuelo, el mayor consuelo, la oración de las Horas, recitar los salmos sin prisas, dejándome coger por sus palabras, saboreándolas, meditándolas. Yo solía rezar así antes. Desde hace muchos años mi oración ha estado fundamentalmente en torno a la Liturgia de las horas, al salterio, a la escucha de la Palabra. Pero el tiempo de diálisis fue un tiempo especial para ser seducido por los salmos. Sosteniendo mi libro con la mano derecha, rezaba Laudes, el Oficio de Lectura y la Hora intermedia. Cada día me ocupaban más tiempo. Al principio me llevaba algún libro más. Terminé sólo con el libro del Oficio Divino y un cuaderno para tomar notas, escribir mi columna semanal en el periódico de la Comarca o hacer bocetos de nuevos iconos.

El Señor me concedió el gozo de extender la oración sin prisas, por las horas del día, a través de la Liturgia de las Horas. La sala de diálisis se convirtió para mí en un santuario, un templo, un monasterio, un lugar de oración. Eso sí, con máquinas, enfermeras y un aparato de televisión funcionando permanentemente.

Recuerdo que la tarde anterior de entrar a mi primera sesión de diálisis, cogí el coche y me fui al monte, a rezar las vísperas. Allí, sentado sobre una roca, recuerdo perfectamente el lugar, me vino este pensamiento: *A partir de hoy sólo puedo vivir con la Iglesia, nadie podrá privarme de la oración de la Iglesia.* Y este pensamiento me produjo un gran alivio, un gran consuelo.

No puedo imaginarme mi vida de enfermo sin la oración, ésta ha desempeñado un papel esencial en las diversas fases de mi enfermedad. Puedo asegurar lo que dice el salmo:

*Si el afligido invoca al Señor,
Él lo escucha y lo libra de sus angustias⁸.*

⁷ SALMO

⁸ SALMO

No puedo imaginarme mi vida sin la Palabra del Señor acogida en la escucha orante; no comprendería el sentido de mi existencia, me sentiría empujado a vivir en la angustia, en la violencia o en la banalidad:

*Lámpara es tu Palabra para mis pasos,
luz en mi sendero⁹*

La oración, por otra parte, es una verdadera escuela de paciencia, aprendizaje tan necesario para todo hombre. Ya sé que suenan mal al hombre de hoy palabras como escuela o paciencia. Pero aprender es totalmente necesario si no queremos permanecer en la necesidad. Aprender como sea a asumir la prueba, el sufrimiento, la enfermedad, las limitaciones. Aprender el arte de sufrir, es decir, la paciencia, no consiste tanto en fortalecer el autodomínio por medio de la voluntad cuanto en hallar razones y fuerza para sufrir, para aceptar por amor también los males. El verdadero amor no consiste tanto en gozar con el otro; hay más amor cuando se está dispuesto a sufrir por el otro, con el otro. He visto a demasiada gente amargada, desesperada, en la diálisis y en la vida. El sufrimiento, la enfermedad, soportar el mal, puede destruirnos, endurecernos, hacernos terriblemente egoístas. Los enfermos crónicos corremos el grave riesgo de todo ello. La oración nos salva, la oración va edificando en nosotros humildemente la paciencia. Hoy se aplauden los métodos que evitan todo esfuerzo y priman lo divertido. Pero yo no sé si se aprende. Los caminos de la oración no son divertidos, pero son caminos que nos sacan del desquiciamiento y nos reconducen a nuestro sitio, a nuestro firme horizonte, a nuestro destino insospechado: que Dios sea un tú para mí, el Tú de mi vida; que yo sea un tú para Dios, yo, pobre ser humano, frágil, sufriente, mortal, uno entre millones de otros hombres, en medio de esta civilización informática, que yo pueda invocar a Jesucristo, muerto en tiempos del imperio romano; que yo pueda llamar *abbá* a Dios, como su Hijo Jesucristo; que yo pueda sentirme hijo con el Cristo, invocar y acoger al Espíritu.

Orar es un milagro, algo prodigioso: que yo, yo mismo, pueda suspirar y decir esa maravilla tan simple, tan honda y entrañable: *¡Dios mío!* Esta maravilla que tantos otros no pueden ni saben decir y descansar en ella, aunque para ella hayan sido creados: *La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador¹⁰.*

⁹ SALMO 118, 105

¹⁰ VATICANO II, GS 19, 1

III

La Eucaristía

“Haced esto en memoria mía”¹¹

También la Eucaristía cobró vital importancia en mi tiempo de diálisis. En la vida pastoral de muchas parroquias y comunidades hay mucho sucedáneo, muchas pedagogías previas, interminables, mucha discusión y mucho acento en los métodos. Hay también, indudablemente, un exceso de rutina, de inercia, de pereza. También mucho subjetivismo celebrativo, con dosis iguales de buena voluntad y de torpeza ignorante. Pero la Eucaristía ha dejado de ser central y viva.

Cuando uno está enfermo no puede andar con sucedáneos, con entretenimientos. Yo no podía, no puedo. La Eucaristía fue, mientras duró la diálisis, una de las pocas *tareas* que pude mantener. Eso me ayudó a desmitificar otras actividades y a reconocer el carácter central de la Eucaristía, el sacramento de nuestra fe. Todo nace y culmina en ella: *la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza*¹². Viejas y certeras palabras del Vaticano II, mil veces repetidas por unos y por otros y mil veces olvidadas en la práctica.

En tiempos de enfermedad, de los trabajos de la enfermedad, no se puede andar discutiendo estrategias pastorales, se necesitan fuerzas, se necesita un altar donde colocar el sacrificio de la propia vida, no se está para entretenimientos. Cuando se está lejos de percibir el sufrimiento de la gente, *que los hombres mueren y no son felices*¹³, entonces se puede prescindir de la Eucaristía, o celebrarla como puro trámite, poniendo el acento, todo lo más, en la homilía.

En aquel tiempo empecé a ser más lento en la celebración, pues era muy cogido por la misma (siempre lo he sido, incluso en los tiempos de superficialidad y despiste, pero desde entonces más). La Eucaristía era casi mi única actividad pastoral: mi cuerpo entregado con el de Jesucristo; mi sangre purificada por la máquina cada cuarenta y ocho horas y en el cáliz cada veinticuatro. Y toda la Iglesia y sus misterios envolviendo mi vida, llenándola de gozo, de sentido, de esperanza. Y la mesa de la Palabra, como maná diario en mi particular travesía del desierto. Necesitamos la Eucaristía, con perdón, como un animal; como dice el salmo:

*Todos ellos aguardan
a que les echas comida a su tiempo:
se la echas, y la atrapan;*

¹¹ LUCAS 22, 19

¹² VATICANO II, SC 10

¹³ ANTOINE DE SAINT-EXUPERY, Calígula

*abres tu mano, y se sacian de bienes*¹⁴.

Son un recuerdo imborrable en mi corazón aquellas celebraciones de la Eucaristía con las monjas dominicas de Alcañiz, mi madre y algunas personas más, a la hora de vísperas, los días de diálisis. Fueron, lo es siempre la Eucaristía, un inmenso regalo de Dios.

Hay cosas en nuestra vida, hay zonas del corazón que sólo encuentran alivio, sosiego y dulce hartura en los sacramentos, en la Eucaristía. Necesitamos celebraciones hechas con sosiego, con unción, con palabras de aliento, sencillas pero no vulgares, cercanas pero llenas de dignidad y de belleza, como nos enseña la Iglesia. La pobreza está reñida con lo suntuoso, pero no con la belleza: Dios, al hacerse hombre, no abdicó de ninguno de sus nombres: *Bonum, Verum et Pulchrum*.

*Señor, yo amo la belleza de tu casa,
El lugar donde reside tu Gloria*¹⁵.

IV **El Rosario**

*“Con María, la madre de Jesús, y los hermanos”*¹⁶

Yo era un sacerdote que había perdido el rosario. Lo rezaba en ocasiones puntuales, alguna vez con mi madre, alguna fiesta, pero no era habitual. En las sesiones de diálisis, al final de la mañana, solía encontrarme cansado, como todos. Comencé a sentir la necesidad de repetir avemarías, de repetir *ruega por nosotros, pecadores*. Esto cuajó, a los pocos días, en el rezo del rosario. En el *nosotros, pecadores* incluía, en primer lugar a mis compañeros enfermos, que estaban allí conmigo, cada uno en su máquina. Al principio contaba con los dedos las avemarías, pues me daba vergüenza sacar allí, públicamente, un rosario. Además estaban las enfermeras y los nefrólogos. Llevar un libro en la mano o tomar notas en un cuaderno quedaba bien, pero sacar el rosario...La televisión seguía emitiendo sin parar, sin pudor, toda clase de tonterías, que mis compañeros veían para entretenerse, sin apuro alguno. Yo también decidí perder la vergüenza y sacar mi rosario de madera y cordón. Encontré, pues, en la diálisis, el rosario que había perdido casi por completo en la vida.

Se ha metido tan honda esta súplica en mi vida, *ruega por nosotros, pecadores*, que me sorprende a veces repitiéndola el corazón, por debajo y como sosteniendo las oraciones mismas de la Eucaristía.

¹⁴ SALMO 103, 27-28

¹⁵ SALMO 25, 8

¹⁶ HECHOS 1, 14 b

No soy un abanderado del santo rosario, pero tampoco oculto que lo rezo y sugiero su práctica a la gente que me quiere escuchar. Yo tengo una gran confianza en la poderosa intercesión de la Virgen María, numerosas veces comprobada por mí. A este respecto, yo atribuyo el don de mi trasplante renal a la Madre del Señor. Desde el primer momento, sin poder exhibir razonamiento alguno, se lo atribuí a ella, y el día trece de cada mes le doy las gracias en algún lugar especial, templo, santuario, ermita, icono...No puedo demostrarlo pero está en mí la certeza de que ella intervino. Yo no quería trasplantarme, tenía miedo, me iba bastante bien en la diálisis, quería ceder ese riñón a otros, pero los nefrólogos no me hicieron ningún caso y me efectuaron el tipaje y la solicitud. Tampoco pedí nunca en la oración el regalo de un riñón que me sirviera. Pero fue María de Caná, que veía mis apuros, la que intercedió con humilde insistencia , como hija de Abrahán¹⁷. No puedo demostrarlo pero estoy seguro.

Una segunda gracia, que me ha sido concedida por el rosario perdido y hallado, que me ha revelado santa María, es comprobar con gozo cómo ella también me repite a mí la primera parte del *ave*. Me dice:

*Alégrate, Edilio,
llena está tu pequeñez
de su misericordia y su fidelidad,
el Señor está contigo,
has sido bendecido con toda clase de bendiciones espirituales
y bendito es el fruto de tu vida y ministerio: Jesús.*

Me anima mucho oír en la fe estas palabras de sus labios, esta perenne invitación a la alegría, la alabanza y la acción de gracias.

Un tercer regalo son cuatro invocaciones de las letanías:

*Salud de los enfermos
Refugio de pecadora
Consuelo de los que sufren
Auxilio de los cristianos.*

Me nacen de muy dentro, de cuatro profundas heridas de mi persona. Invocarla así, con estas palabras, me produce gran alivio, son como un bálsamo. Porque soy un hombre enfermo, un hombre pecador, un cristiano que sufre, un huérfano, un extranjero necesitado de auxilio.

El rosario es para mí una maravilla. Es el resumen del Evangelio y hasta el resumen de la vida humana, entretejida también de penas y alegrías, gozos y dolores y esperanzas.

¹⁷ GÉNESIS 18, 22-33

Felicitadme, porque lo había perdido y lo he encontrado sin buscarlo, sin barrer como la mujer del Evangelio¹⁸. Así me ha pasado, a mí y a todos, muchas veces en la vida: lo más valioso no lo hemos buscado, lo hemos encontrado, nos lo han regalado.

¹⁸ Confert: LUCAS 15, 8-10